



## CONFESIONES DE UNA MUJER

**R**UÉGAME usted, mi amigo, que le comunique los recuerdos más vivos de mi existencia. Soy muy anciana, no tengo parientes, no tengo hijos; puedo, pues, libremente confesarme á usted. Prométame tan sólo no revelar nunca mi nombre.

He sido muy amada, usted lo sabe; con frecuencia amé yo también. Era muy hermosa; puedo decirlo hoy que nada resta de aquella hermosura. El amor era para mí la vida del alma, como el aire es la vida del cuerpo. Hubiese preferido la muerte á una vida sin ternura, sin un pensamiento siempre fijo en mí. Las mujeres pretenden con frecuencia no amar más que una vez con todo el poder de su corazón; en ocasiones me ha ocurrido amar tan violentamente, que creía imposible el final de aquellos

transportes. Y, sin embargo, acababan siempre de un modo natural, como una lumbre falta de leña.

Le contaré á usted la primera de mis aventuras, en la que yo fui bien inocente, pero que determinó las demás.

La horrible venganza de ese farmacéutico de Pecq me ha recordado el espantoso drama al cual asistí bien á pesar mío.

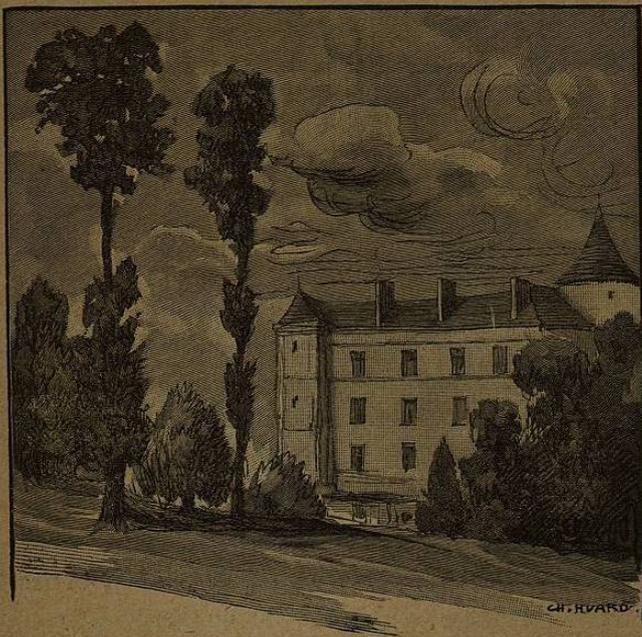
Estaba yo casada hacía un año con un hombre rico, el conde de Ker..., un bretón de vieja cepa á quien, por supuesto, no profesaba ningún cariño. El amor, el verdadero amor, necesita, yo así lo creo al menos, libertad y obstáculos á la vez. El amor impuesto, sancionado por la ley, bendecido por el sacerdote, ¿es amor? Un beso legal no vale nunca lo que un beso robado.

Mi marido era de elevada estatura, elegantísimo y un perfecto gran señor por sus modales. Pero carecía de inteligencia. Hablaba de un modo terminante, emitía opiniones que cortaban como un cuchillo. Sentíase su cerebro lleno de pensamientos hechos, puestos en él por sus padres, que á su vez los habían recibido de sus antecesores. No titubeaba nunca; daba acerca de todo una opinión inme-

diata y limitada, sin embarazo de ningún género y sin comprender que pudieran existir otros modos de ver. Sentíase que aquella cabeza estaba cerrada, que en ella no circulaban ideas, ideas de esas que renuevan y sanean un espíritu, como el viento que atraviesa una casa en la cual se abren puertas y balcones.

El castillo que habitábamos se encontraba en una campiña desierta. Era un enorme edificio triste, rodeado de grandes árboles y cuyas copas hacían pensar en las viejas barbas de los ancianos. El parque, un verdadero bosque, hallábase rodeado de un foso profundo llamado el «Salto del lobo»; y en su extremidad, al lado de aquel páramo, teníamos dos grandes estanques llenos de cañas y de flotantes hierbas. Entre ellos, á orillas de un arroyo que les unía, mi marido había hecho construir una cabañita para tirar sobre los patos silvestres.

Teníamos, además de nuestros criados ordinarios, un guarda, especie de bruto fidelísimo á mi esposo, y una doncella, una amiga casi, tan adicta á mí, que hubiera muerto por prestarme un servicio. La había yo traído de España cinco años antes. Era una muchacha abandonada. Hubiérasela tomado por



una gitanilla á causa de su piel negra, sus sombríos ojos y sus cabellos profundos como un bosque y siempre erizados en torno de la frente. Contaba entonces diez y seis años, pero aparentaba tener veinte ó más.

Principiaba el otoño. Cazábase mucho, unas veces en las posesiones de los vecinos, otras en las

nuestras; y reparé en un joven, el barón de C..., cuyas visitas al castillo hacíanse singularmente frecuentes. Luego cesó de venir y no volví á pensar en él; pero observé que mi esposo cambiaba de modales para conmigo.

Parecía taciturno, preocupado, no me abrazaba; y, aun cuando no entrase mucho en mi gabinete, que yo había exigido estuviese algo apartado del suyo para vivir un poco sola, á veces oía, de noche, un paso furtivo que llegaba hasta mi puerta y se alejaba después de unos minutos.

Como mi ventana estaba en el entresuelo, creí en ocasiones oír andar asimismo en la sombra, en derredor del castillo. Dijeselo á mi esposo, quien me miró fijamente unos segundos; luego respondió:

— No hay que preocuparse; será el guarda.

Pues bien; una noche, á la conclusión de la cena, el conde, que contra su costumbre estaba muy alegre, solapadamente alegre, me preguntó:

— ¿Le gustaría á usted pasar tres horas en acecho para matar un zorro que todas las noches viene á comerse mis gallinas?

Aquello me sorprendió: titubeaba; mas, como es-

gún soplo la acariciaba; pero movimientos apenas sensibles producíanse en el líquido. A veces un punto se removía en su superficie, y de allí salían círculos ligeros, semejantes á arrugas luminosas que se agrandaban, se agrandaban...

Cuando llegamos á la choza donde habíamos de emboscarnos, mi marido me hizo pasar delante; luego cargó lentamente el arma, produciéndome el sonido de los gatillos un efecto extraño. Él me sintió temblar, y me preguntó:

—¿Es, acaso, que ya le basta á usted con esta prueba? Váyase, pues—. Yo le contesté, muy sorprendida: «Nada de eso; no vine para marcharme. ¡Cuidado que está usted raro esta noche!» Él murmuró: «Como usted guste». Y permanecimos inmóviles.

Al cabo de media hora proximamente, como nada turbaba la pesada y clara tranquilidad de aquella noche de otoño, díjele en voz baja:

—¿Está usted seguro de que pasa por aquí?

El conde tuvo entonces una sacudida, como si yo le hubiera mordido; y acercando su rostro á mi rostro,

—Estoy seguro de ello —me contestó—. ¿Ha oído usted?



Y volvió á reinar el silencio.

Creo que empezaba á quedarme dormida cuando mi esposo me oprimió el brazo; y su voz, silbante, alterada, dijo: «¿Le ve usted allí abajo, al pie de los árboles?» En vano forcé la vista; no distinguí nada. Y lentamente el conde se echó la escopeta á la cara, mirándome con fijeza á los ojos. Yo misma estaba pronta á disparar, cuando de repente, á treinta pasos de nosotros, surgió en mitad de la luz un hom-

bre que avanzaba con rapidez, inclinado el cuerpo, como si huyera.

Tan estupefacta quedé, que dejé oír un grito violento; mas, antes que hubiese podido volverme, una llama pasó por delante de mis ojos, una detonación me aturdió, y vi al hombre rodar por el suelo como un lobo que recibe un balazo.

Lancé agudos clamores, espantada, enloquecida; entonces, una mano furiosa, la del conde, me asió por la garganta. Fuí arrojada al suelo y en seguida levantada por sus robustos brazos. Corrió, llevándome en el aire, hacia el cuerpo tendido en la hierba, y me tiró encima de él violentamente, como si hubiese querido romperme el cráneo.

Me sentí trastornada; iba á matarme; y ya alzaba sobre mi frente su talón, cuando á su vez fué cogido y derribado, sin que yo me diese cuenta de lo que ocurría.

Erguíme bruscamente y vi, de rodillas sobre su pecho á Paquita, mi doncella, que, haciendo presa en él como un gato furioso, crispada, enloquecida, le arrancaba la barba, el bigote y la piel del semblante.

Luego, como asaltada de pronto por otra idea,

levantóse y, arrojándose sobre el cadáver, le estrechó entre sus brazos, besándole en los ojos, en la boca, abriendo con sus labios los labios muertos, buscando en ellos un hálito, la profunda caricia de los amantes.

Mi marido, ya levantado, miraba. Comprendió y, cayendo á mis pies,

—¡Oh! ¡Perdón, querida mía!—exclamó—. Sospeché de ti, y he muerto al amante de esta muchacha; mi guarda me ha engañado.

Yo estaba mirando los extraños besos de aquel muerto y aquella viva, y los sollozos de ella y sus sobresaltos de amor desesperado.

Y comprendí en aquel instante que con el tiempo sería infiel á mi marido.

